

DE BUENAS LETRAS

La radio

MIGUEL ARNAS CORONADO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

inevitadamente, los viejos tendemos a la nostalgia. No quisiera caer en ella y menos aún en la total subjetividad, pero no puedo evitarlo: no soy objetivo porque, como D. Miguel de Unamuno, no soy un objeto.

En mi casa, durante mi infancia, se escuchaba la radio. En ella, un hogar humilde, no hubo televisión hasta que cumplí los veintitantos años. Ni falta que hacía. Se me viene a la cabeza, y esa evocación es el origen de este artículo, aquello que se cantaba: «Yo quiero un tebeo,/ yo quiero un tebeo,/ si no me lo compras,/ lloro y pataleo». En la radio de entonces se hablaba poco aparte del noticiero o, como se le llamaba de forma tan militar, 'el parte'. Sobre todo era música: copla, pasodobles, boleros hasta que a finales de los cincuenta llegó el pop y el rock.

La ventaja de la música es que, excepto en los conciertos, siempre es de fondo. Hoy se habla demasiado en las radios. Tanta palabra interfiere en casi cualquier trabajo a no ser que este sea muy repetitivo, muy aburrido. Las tertulias, a menudo políticas, o se

escuchan o no se escuchan, no cabe ese término medio que ocurre con la música, sea del tipo que sea, buena o mala, clásica o popular, con la cual es posible dividir el cerebro entre lo consciente, lo que se trabaja, y lo inconsciente, ese fondo musical que acompaña sin llegar a adormecer. Las palabras emitidas requieren mucha más atención, a no ser que en realidad no se escuchan y ni siquiera se oigan, pero en tal caso, ¿para qué queremos la radio?

Por no hablar de la televisión. Esta requiere, además, mirar, ver. La tele nos deja libres solo tres sentidos: tacto, olfato y gusto. Es cierto que se puede cocinar con ella en funcionamiento, pero corremos el riesgo de que se nos pegue el guiso y cuando el olfato nos avise, y el gusto nos lo confirme, sea demasiado tarde. La televisión es absorbente. Y luego nos quejamos de esas personas que siempre deben tenernos controlados, siempre a su vera, siempre sabiendo qué hacemos.

Se escuchaba mucho a Manolo Escobar. Recuerdo que a mi padre y a mí no nos gus-

taba nada. Debilidades. Lo que nunca calificamos es que podía ser peor. Y hoy es peor, francamente, pero ¿qué le vamos a hacer? La radio de entonces, con sus músicas dedicadas, «para mi papá, que me estará escuchando».

También hablaban, claro, y no solo en el 'parte'. Había seriales, como 'Tres hombres buenos' o 'Ama Rosa', pero el goce máximo estaba por la noche. La serie humorística de 'Matilde, Perico y Periquín', con Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa y Matilde Vilarriño, el serial detectivesco 'Taxi Keyo' el insoportable Padre Venancio Marcos. Si bien, lo que contenía un verdadero éxtasis eran las sesiones de teatro radiofónico sobre las diez y media de la noche, en las que escuché casi todo Shakespeare, los hermanos Álvarez Quintero y Arniches. Mi padre entraba a trabajar a las seis de la mañana y para las diez de la noche estaba acostado, y con él, todos, ¡pero yo no podía dormir! Conseguí una radio portátil que acostaba conmigo en la almohada y, depende de cómo fuera la obra de teatro, aguantaba hasta el final o me quedaba dormido, a veces sin apagarla.

Y luego estaban los partidos de fútbol: no vistos sino imaginados según eran descritos.

Aquella radio acompañaba. El mundo puede ser peor o mejor, todo depende de sus habitantes. Hoy estamos satisfechísimos, tanto que siempre exigimos más opinando que esto no puede hacer otra cosa que mejorar. Tal vez nos equivoquemos. La televisión es estupenda, pero ¿es mejor, peor o indiferente? Respóndase cada uno.